

# Memorias de la costa: los cronotopos del litoral puertorriqueño<sup>1</sup>

MANUEL VALDÉS PIZZINI

Departamento de Sociología y Antropología  
Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez

## RESUMEN

El paisaje costero, malentendido y menospreciado, es un espacio vital donde se forjan importantes identidades. En éste artículo exploro y aplico el concepto de *cronotopo*, ideado por Mijail Bajtin y apropiado por geógrafos, antropólogos y literatos para entender la riqueza social y cultural de la costa. Por medio de la investigación etnográfica e histórica exploro la costa como *cronotopo*, mirándola desde el acto de fundar los espacios, de nombrarlos (la toponimia) y de marcar a los otros (y a nosotros) como habitantes del paisaje fundado y nombrado (el gentilicio). La costa de Puerto Real de Cabo Rojo, el Barrio Puntas de Rincón, los manglares de Puerta de Tierra en San Juan y el Bosque Seco de Guánica sirven de escenario a ésta reflexión que combina la antropología, la historia y la literatura como fuentes fundamentales. [**Palabras clave:** memoria colectiva, paisajes, cronotopos, toponimia.]

## ABSTRACT

The coast, an ill-understood and often despised landscape, is a vital space where important identities are constructed. In this article I explore and apply the concept of *chronotope*, developed by Mijail Bajtin and appropriated by geographers, anthropologists and literary critics, to understand the social and cultural complexity of the coast. Using ethnographic and historical research, I explore the coast through the processes of founding places, and the naming of places (toponymy) and the people who inhabit them. The coastal areas of Puerto Real in Cabo Rojo, Barrio Puntas in the municipality of Rincón, the mangrove forest of Puerta de Tierra in San Juan, and the Guánica Dry Forest are the coastal chronotopes examined here through the lenses of anthropology, history and literature. [**Keywords:** collective memory, landscape, chronotopes, toponymy.]

## Por el sendero de los cronotopos

El paisaje es una construcción social y simbólica sobre la que se teje la memoria colectiva sobre el territorio, que siempre es una narración construida a base de la experiencia, el imaginario, el ideario, los sueños y el trabajo creativo (Harvey, 1996; Schama, 1996; Maderuelo, 2005). En el paisaje se entrelaza la naturaleza, la cultura y la historia, formando un espacio ocupado por la gente, los significados, las edificaciones, los asentamientos, las actividades productivas y las narrativas elaboradas sobre el entorno. Desde esa perspectiva, la comprensión del paisaje es posible mediante la recopilación y análisis de diversas fuentes, entre las que se encuentran: los datos etnográficos, los mitos, las leyendas, las fuentes documentales (oficiales o no oficiales) y la literatura. De la literatura me interesa rescatar el concepto de cronotopo explorado por Mijail Bajtin que es el tiempo-lugar donde ocurre la acción de la novela o del cuento, y allí el espacio se transmuta en un personaje más (Zubiaurre, 2000). David Harvey ha utilizado el concepto para identificar aquellos espacios-lugares con significación profunda para sus habitantes; un lugar que es siempre el local (el punto fijo) de la memoria colectiva (1996:306).

El paisaje es un rico texto que entrelaza diversas narrativas que producen una visión muy particular del entorno. Es un palimpsesto donde cada capa solapada revela, en el análisis, vínculos entre lo concreto (si es posible hablar de ello), lo imaginado, lo pensado, lo creado y lo narrado de forma oral, escrita, musical y plástica. El paisaje es un cronotopo, un espacio dialéctico (véase a Harvey, 1996:197-204, *pássim*) donde se configura una visión del entorno y los sucesos. En el contexto de la literatura, al cronotopo hay que mirarlo como...

la principal materialización del tiempo en el espacio, constituye el centro de todo esfuerzo de concreción de la representación literaria. Es, de hecho, la forma de dotar de cuerpo y de materia a toda la novela. Todos los elementos abstractos de la novela –generalizaciones filosóficas y sociales, ideas, análisis de causas y efectos, etc.– gravitan hacia el cronotopo y, a través de él, se hacen carne y hueso y vienen a formar parte de la imaginaria artística (Bajtin, traducido y citado en Zubiaurre, 2000:71).

La costa ocupa un papel prominente en la literatura. Sin embargo, es en las ciencias sociales donde su presencia ha sido opacada por otros espacios y otros procesos. Por ejemplo, en los estudios del cultivo, el procesamiento y el trabajo con la caña de azúcar, que es una actividad agrícola fundamentalmente del litoral, a la costa como paisaje y el mar como parte integral de ese cronotopo no se le imparte la importancia historiográfica ni sociológica que pienso se merece. Existen, no obstante, excepciones notables como lo es la obra de Juan Giusti (1994) sobre el litoral de Piñones en la costa norte. Por su parte, el mar tiene en Walter Cardona Bonet (1985) a uno de sus cronistas e historiadores más importantes. Debo apuntar que ese olvido del mar y del litoral en el *corpus* de las ciencias sociales ha sido reconocido a escala global, como si de alguna extraña manera hubiésemos proscrito al mundo marítimo y costero a pesar de su papel protagónico en el desarrollo del capitalismo y de la globalización (v. Sloterdijk, 2007 y a Wigen, 2007 para sendas reflexiones sobre este asunto).

Por otro lado, es en las letras puertorriqueñas donde el cronotopo de la costa ha sido más protagónico, unas veces en papeles menores y otras como actor principal. La inmensa gama de posibilidades sociales e históricas de la costa aparece, por ejemplo, en toda la obra de Edgardo Rodríguez Juliá, quien ha explorado nuestra relación personal con la playa como ninguno otro en su libro *El cruce a nado de la Bahía de Guánica (cinco crónicas playeras y un ensayo)* (1989). El mar es el objeto del asombro y del descubrimiento en *La víspera del hombre* de René Marqués (1959) y parte del inframundo de la conspiración en *Los derrotados de Cesar Andreu Iglesias* (1956), para mencionar dos importantes novelas nacionales.

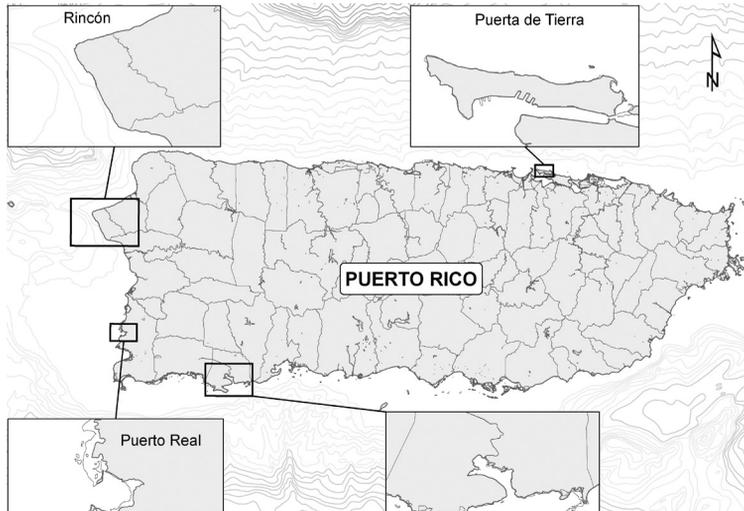
Existe también una literatura regional que prima a la costa como escenario fundamental, como centro del universo social. Encontramos ejemplos de ello en la novela *Arenales* de la historiadora Loida Figueroa (1961) y en la colección de relatos titulada *Litoral y otros cuentos* de Néstor A. Rodríguez Escudero (1962). En ambos libros el litoral es un cronotopo esencial en la vida social, productiva y cultural de la gente de la costa sur y norte. El litoral no es un paisaje de fondo, sino la vida misma de la gente que vive de frente al mar y no a la inversa. En ese paisaje del litoral aparecen esos otros “héroes” nacionales y locales, como el corsario y empresario costero Miguel Henríquez, el pirata Roberto Cofresí y el socorrista marino y pescador arcibeño Víctor Rojas, quienes –al margen de la ley– construyeron una gesta que ha quedado inscrita en la memoria colectiva y en las letras del país.

La costa es un cronotopo importante que no hemos atendido como merece en las ciencias sociales. Es impresionante que de hecho, existen imaginarios de la costa que lo soslayan como espacio importante, lugar donde nada ha ocurrido y espacio del que huimos para internarnos en el monte. Sin embargo, una mirada a la costa revela una visión diferente. Zona de huida, de contención, de procesos de colonización internos, de choques de poderes imperiales, de disputas, la costa ha sido una compleja geografía donde se han cuajado definiciones de la nación y donde se ha disputado esa memoria (v. Valdés Pizzini, 2005). El litoral es también el lugar donde se debaten construcciones abstractas y encontradas que complican su identidad de cronotopo. La costa como cronotopo solo puede comprenderse a través de la multiplicidad de narrativas que la van construyendo como telón de fondo, mientras la costa se convierte en protagonista y espacio vital de esas vidas (Price, 2005; Brusi, 2008).

Dentro de las diversas posibilidades de la aplicación del concepto cronotopo al estudio de la memoria de la costa me interesa explorar tres procesos: (1) el acto de fundar los espacios; (2) el acto de señalarlos y nombrarlos o la construcción de la toponimia; y, (3) el proceso de marcar a los otros (o a nosotros) como habitantes del paisaje nombrado, o sea, el gentilicio. Espacio, lugar y nuestra ubicación en esas coordenadas (véase el Mapa 1 con los sitios presentados en este artículo). A partir de ahí me interesa escudriñar la forma en la que se teje el discurso histórico y el etnológico, que en ocasiones solo pueden comprenderse gracias al poder iluminador de la literatura. Es en ese campo donde los y las escritoras recogen y plasman su visión y recuerdo de los procesos humanos, e integran además las construcciones de los otros, por medio de la oralidad, a la que dan carta de identidad en sus relatos (González Echevarría, 1998). En este artículo he seleccionado cuatro espacios e instancias donde explorar el cronotopo de la costa. El gentilicio se explora a partir del caso del asentamiento pesquero de Puerto Real, en el municipio de Cabo Rojo, en el suroeste de Puerto Rico. La toponimia y sus transformaciones son el objeto de la discusión sobre los *surfers* en el Barrio Puntas de Rincón, en el noroeste. El caso de los arrabales de Puerta de Tierra a principios del siglo XX se presenta para explorar la confluencia entre historiografía y literatura, una que arroja luz, entre otras cosas, sobre el asunto de la toponimia y el paisaje. Finalmente, examino el caso del Bosque Seco Guánica con el fin de entender el proceso de la fundación de sitios y la construcción del paisaje en ese bosque costero, por medio de la literatura y la memoria colectiva.

## Mapa 1

### Lugares/cronotopos discutidos en el artículo.



Fuente: Cortesía de Idelfonso Ruíz Valentín.

### Peces y cronotopos en Puerto Real, de Cabo Rojo <sup>2</sup>

Uno de los principales actos de la conformación del cronotopo lo es la asociación de la gente al espacio por medio del gentilicio. Un acto aparentemente simple que se acopla a las reglas básicas de cómo llamar a la gente de un lugar, según forma de su nombre. Puerto Real, puertorrealeños. Tan simple como eso. Y sin embargo, hay otras sutilezas que el etnógrafo atrapa en sus notas de campo. De manera cotidiana y en algunas efemérides locales, afloraba un gentilicio diferente que era usado de varias maneras: *pichicheros*. Nombrar y clasificar son dos actos que el antropólogo nota con interés y le sirven para analizar los sistemas de clasificación local, así como las relaciones binarias entre términos opuestos. Descubrí entonces que el mundo podía dividirse en dos: los *pichicheros* y los que no son *pichicheros*. Sin embargo, esta distinción de pertenencia al lugar tenía a su vez una configuración interna que separaba a una gente de otra, como explicaré a continuación.

El término *pichichero* se usaba despectivamente para nombrar a los puertorrealeños, pescadores, que no salían mucho más allá de la costa y que su pesca se circunscribía a peces pequeños de la zona del manglar, peces a los que se llamaba *pichicha* o *picha*. En cierta medida,

es un vocablo común en las costas del suroeste del país. Por ejemplo, la novela *Arenales* de Loida Figueroa, ubicada en Guánica, comienza justo con esos peces, con las pichichas, con el peje pequeño que se reparte en la comunidad. Las pichichas son los peces que forman el corazón de toda pesquería tropical: los peces de carnada, de orilla, que viven y transitan por las aguas someras, en las playas donde viven los pescadores. En otras palabras, pichichero es un concepto que marca la diferencia en la producción pesquera y produce una fisura dentro de la comunidad misma al separar a los pescadores en dos clases: pescadores y pichicheros. El tiempo etnográfico al que me refiero es 1984, y en ese momento específico el desarrollo y modernización pesquera de Puerto Real mostraba su más poderosa vitalidad. La pesca con nasas o trampas, importante aún y muy productiva, dio paso a la pesca de pargos y meros con malacates eléctricos en aguas profundas. Esta pesca se realizaba en embarcaciones de más de treinta pies de eslora y capacidad de almacenaje de más de veinticinco quintales de pescado.

El desarrollo de esa actividad se produjo gracias a la inversión de capital de las empresas locales y de la tradición marítima de los pescadores para viajar tan lejos como Turcos y Caicos al poniente, Saba y Nevis por el levante e Isla de Aves al Sur. Esos viajes de cinco a quince días precipitaron un proceso acelerado de acumulación de capital que transformó a esa comunidad. Puerto Real se convirtió en el lugar central de la producción pesquera del país y un cronotopo que servía de telón de fondo a los discursos políticos sobre el desarrollo pesquero. El interés de las empresas pesqueras –ya las pequeñas compañías al igual que las firmas domésticas– requerían de las autoridades permisos y ayuda para pescar libremente en esos países del Caribe, incluyendo la República Dominicana. El reclamo del alcalde de Cabo Rojo, (y autoproclamado pichichero) Pedro Franqui, no se hacía esperar: hay que ayudar a los pichicheros, a los obreros del mar.

Entonces el “gentilicio” de pichicheros se usaba también como un concepto colectivo para agrupar a todos los pescadores sin distinción de clase o de nivel de producción y tecnología de pesca. Ante los otros (la comunidad de afuera, las autoridades) los pescadores de Puerto Real se presentaban simplemente como pichicheros. La historia no se hacía esperar: todos tenemos orígenes humildes, todos empezamos como pichicheros, cogiendo la mijúa, la jarea, el peje pequeño en la bahía, así que, en esencia “todos somos pichicheros”. El cronotopo, lugar de fisuras y contenciones internas, aparece narrado en la oralidad como un espacio unitario, cuando los pescadores se enfrentan a los

otros. Dentro de la comunidad misma, la distinción con los otros que no pertenecen al gremio, ni al espacio esencial de los pescadores, el sector La Playa, está siempre en la superficie de los discursos. La gente de las parcelas no son, en su mayoría, pichicheros. Sólo los hijos e hijas de los puertorrealños originales que fueron desalojados de sus casas en la orilla y a los que les dieron casa en las parcelas son de origen pichichero, pero pueden prescindir del gentilicio si ya no se dedican a la pesca. La parcela bordea a La Playa casi hasta tragársela, tan cerca y sin embargo a años luz de ser parte de ese mundo de pichicheros y pichicheras, gentilicio que se atribuían las mujeres, que aunque no se dedicaran a actividades relacionadas con la pesca, sí tenían un vínculo de parentesco o afinidad con la gente de mar.

El manejo del término era oportuno, siendo un antropólogo que vivía a una calle de La Playa –en las parcelas– y como tal forastero, ni yo ni mi esposa éramos considerados pichicheros. Sin embargo, mi hija, de un año a la sazón, era considerada como pichichera, porque prácticamente se había criado casi en La Playa. Una amable concesión para el antropólogo de turno.

Sabemos que toda pregunta sobre los orígenes está destinada a fracasar, pero ¿qué es la antropología sin una reflexión sobre los orígenes? Inquirí sobre las palabras pichichero y picha y nunca encontré una respuesta. Desde tiempo inmemorial se le llama la picha al peje pequeño, a la mijúa, a la sardina, y a la jarea pequeña. El término es usado por alguna gente de la costa de Cabo Rojo, como Boquerón, pero debo admitir que no conozco etnográficamente la magnitud de su uso en ese poblado. Eso sí, mas allá de Boquerón al Sur, ni de Joyuda al Norte lo he escuchado. No aparece en el trabajo de María Vaquero (1986) sobre la lexicografía marinera de Puerto Rico y no aparece en el *Diccionario de la lengua española*, de Real Academia Española, ni siquiera picha como prefijo de otros términos. Una búsqueda somera en latín, francés e italiano produjo resultados similares. Entonces es un concepto que ubica a la gente en el cronotopo de Puerto Real, que se puede describir etnográficamente a través de ese gentilicio.

El ensayo “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial” de E. P. Thompson (1979) es un acercamiento al espacio-tiempo del quehacer, un lugar fuera de los horarios y la rutina del trabajo industrial, donde todavía no se daba la separación entre lugar de vida y lugar de trabajo, donde la separación entre el trabajador y el fruto de su trabajo (la enajenación) no se había concretado. Fue ahí donde encontré una posible clave para entender el gentilicio de Puerto Real. Al leer la versión original en inglés me percaté de que en la sección que trata de

los pescadores ingleses y sus actividades cotidianas se describe la pesca del *pilchard*, una especie de sardina como parte de las actividades del quehacer pre-industrial. *Pilchard* como sardina. *Pilcha*, picha, ¿sería ese el origen del término? ¿sería esa una variación lingüística y un préstamo del inglés? Pero *pilchard* no es un término muy común para sardina, cuyo término *sardines* es más común. Dos años más tarde, escudriñando la política pública sobre alimentos en los tiempos de la guerra, en el Archivo Nacional de los Estados Unidos en Maryland, me topé con un anuncio de periódico sobre una marca de sardinas en lata muy común en Puerto Rico: *Pilchard*. Es también el género al que pertenecen muchas variedades de sardinas europeas (*Pilchardus*) y es uno de los nombres esenciales de varios clupeidos, familia de peces que agrupa a muchos de las especies aquí mencionadas. El mercado de las sardinas nunca fue muy apreciado en la Isla. La procedencia de los embarques era mayormente de los Estados Unidos antes de 1898, y presumo que continuó de esa manera a partir de ese momento (Jarvis 1932). Lo cierto es que en algún momento llegaron las *pilchards* y la posibilidad que ese nombre se haya insertado en el discurso de Puerto Real, sirviéndole para identificarse con el espacio que es el cronotopo de sus narraciones. Ésta, es una especulación lingüística de mi parte.

### Surfeando la toponimia <sup>3</sup>

Ya en invierno el frío y el viento transforman el paisaje marino de una manera extraordinaria. El cielo no puede ser más azul, y la brisa hace reventar las olas contra la orilla con toda su fuerza. En algunas partes la energía de las olas se mueve con fuerza sobre la superficie de las aguas llanas, levantándose enormemente en su trayectoria para desboronarse o para rizarse creando una forma tubular que fascina a muchos. En el corazón rural del país, al que pertenece el Barrio Puntas de Rincón, el entorno ha cambiado y los hombres y mujeres descalzos no pertenecen a esas masas empobrecidas en espera de la revolución pacífica de Muñoz Marín. Sus cabelleras blanqueadas, su piel bronceada y su lenguaje los delatan como gringos. Esa categoría empleada por los “locales” incluye a los extranjeros no locales (que no son de Rincón), que son de otros países. Han llegado para *surfear* (correr la ola, deslizamiento sobre olas) y han encontrado en Puntas y en el pueblo de Rincón un espacio que los acoge y que les evoca un alegre trópico floridano o hawaiano, con algunos ribetes a lo Jimmy Buffet. El inglés es lengua franca y el entorno se vuelve gringo. Pero no es sólo durante éste periodo. Muchos estadounidenses han hecho

de Rincón su hogar o el “hogar lejos de casa”, ya que algunos residen allí durante la temporada de las grandes olas y el frío. Desde los años sesenta Rincón se convirtió en la Meca de muchos corredores de olas de los Estados Unidos y se conformó una cultura de la diáspora con el basamento del *surfing* como enlace cultural e icono de su otredad. Más que en cualquier otro sitio del país (y hay otros ejemplos como Fajardo, Culebra y Vieques), los norteamericanos se han apropiado de Rincón y lo han hecho su cronotopo. Allí se debaten entre el desarrollo y la conservación, siempre en un discurso anclado en el estilo de vida de los expatriados, enlazados por todos esos nodos de una extensa red cultural que le da sentido a su vida fuera del país natal.

En Puntas los negocios tienen nombres en inglés. Nada particular en este país donde la estrategia en mercadotecnia consiste en articular los vocablos en inglés para acomodarlos a nuestros objetivos: Agapito’s Bar, Manolito’s Liquor. No obstante aquí toman una dimensión surfera, gringa, expatriada en la que aflora ese estilo de vida y una necesidad de convertirlo todo en exótico: Tamboo, Besides The Pointe, Machu Pichu, The Lazy Parrot, entre otros. Hace unos años un colmado-barra, tipo cafetín, llevaba el nombre de Coonass, un término cultural cargado de varios significados poderosísimos en el entorno *cajun* de Luisiana, en Estados Unidos. Sospecho que fue un término incomprensible para muchos rincoeños.<sup>4</sup>

Puntas, al igual que otros barrios de Rincón, presenta también el fenómeno de la transformación de la toponimia, al punto de que la población local, sobre todo los jóvenes, ya no usa los nombres tradicionales para referirse a la topografía. En Puntas encontramos lugares de surfear como Parking Lot y la playa de Sandy Beach. Este proceso también tiene unos matices culturales en los que se enfrentan locales, puertorriqueños y gringos, aunque con las ambigüedades apropiadas. En la carretera de Puntas, hacia el Sur, hay un camino al que le llaman el Spanish Wall que no es otra cosa sino la servidumbre de paso del desaparecido tren de circunvalación, que todavía conserva un acceso físico y visual espectacular en esa zona. Por ese camino se llega al sitio donde ubican los restos de la antigua planta nuclear de Punta Higuero, que ha sido bautizada como Domes por su forma geométrica de domo. Este lugar es un hito fundamental de la nueva toponimia ya que es una de las principales playas de *surfing* del país. De ese punto en adelante, la toponimia adquiere nuevos giros, algunos en español y el resto en inglés: Indicators, Casa China, Marías’, Steps, Tres Palmas, Dogman’s y Little Malibu. De igual manera otros referentes geográficos han sido renombrados: Surf’s Road y Black

Eagle, nombres que para los rincoeños de mayor edad no tienen sentido ni referente en la memoria (v. Carrero-Morales *et al.*, 2009).

La antropología de los caribeños trata muy poco a los que vienen de la otra dirección y no necesariamente se consideran “los otros”; no obstante, esa es una de las áreas que debemos atender y donde hay un rico campo para la etnografía. Esos extranjeros o sujetos de la metrópolis, van construyendo su propio ideario y su otredad, a veces sin transitar por las diferencias del lenguaje, especialmente si no es necesario. Crean su propio mundo y lo rellenan con sus referentes culturales, con otros nombres; es decir, van señalando y fundando lugares, ocupándolos y nombrándolos. Su presencia allí ha estimulado el que se funde también la dicotomía entre locales y no locales, que son en sí variantes de gentilicios que comprenden a dos categorías que se excluyen. Es otra toponimia, son otros los procesos fundacionales y los gentilicios que ocupan la costa, producidos, entre otros factores, por la elitización o desplazamiento social de grupos locales por gente de otros lugares y sectores socioeconómicos (Griffith, Valdés-Pizzini y García Quijano, 2007). Es uno de los procesos de ocupación más importantes de la costa en los últimos veinticinco años (Valdés-Pizzini, 2005).

### **En el mangle, sal si puedes**

El mangle apesta y es foco de enfermedades. Esa es una síntesis de una perspectiva popular y hasta de una política pública que en ocasiones ha estado empeñada en erradicar ese ecosistema costero. El denso bosque de mangle ha sido el escondite de los huidizos y el hogar de los cimarrones, en Puerto Rico (Giusti, 1994) y en el Caribe (Price, 1983). Recientemente, el manglar ha sido revalorizado, convirtiéndose en ícono y espacio de alto contenido estético y de ocio para algunos miembros de las clases acomodadas (Brusi, 2008). Sin embargo, su descripción esencial es que el manglar hiede, que es allí donde se encuentran las enfermedades tropicales y sus vectores, los mosquitos, que es un terreno improductivo, salvable a través de la desecación y el relleno. Por otro lado, la historia y la antropología de la pobreza urbana en Puerto Rico lo describe como la tierra prometida para los migrantes de la altura y de los campos agrícolas de los llanos costeros. Es allí donde se ubicaron los campesinos y trabajadores rurales desplazados por las contingencias y efectos de los disloques económicos y estructurales a finales del siglo XIX y en toda la primera mitad del siglo XX. El manglar y la playa fueron también los únicos

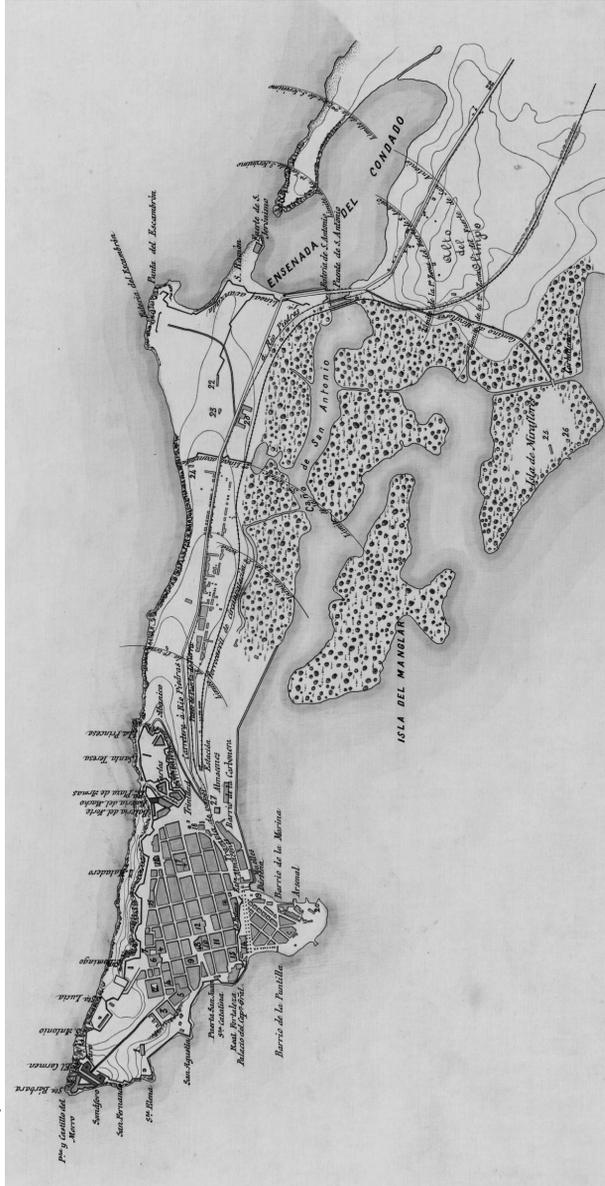
espacios disponibles y aparentemente libres para la vivienda y las comunidades de la gente de la costa: labradores, jornaleros, pescadores, marinos y contrabandistas. Por ejemplo, en Puerto Real, el “caserío” se ubicó entre el manglar, donde floreció en la segunda mitad del siglo XIX un poblado de gente de la costa. La mayoría de los hombres eran, probablemente, miembros del gremio de gente de mar que encontraron allí un espacio disponible justo en el margen de las propiedades de las familias terratenientes del municipio de Cabo Rojo.

La ocupación del manglar en las afueras de la ciudad murada de San Juan es una historia que amerita contarse, pues la ocupación de ese ecosistema fue la meta de diversos sectores de clase, entre los que se encontraban los trabajadores del sector manufacturero a principios de siglo xx. Para recuperar esa memoria de los mangles, voy a recurrir a dos fuentes: el libro *Parejeros y desafiantes: La comunidad tabaquera de Puerta de Tierra a principios de siglo XX* de Arturo Bird Carmona (2008) y la novela *El manglar*, escrita por José Pérez Losada a principios del siglo XX. La literatura ha de servir aquí como un relato privilegiado sobre un mundo desconocido y casi olvidado, que junto al relato historiográfico, nos debe permitir una mirada más amplia a la costa y sus recovecos.

*Parejeros y desafiantes* es un texto que describe en detalle los procesos de la transformación de la industria tabacalera en Puerto Rico, a partir de la invasión de los Estados Unidos y la reconfiguración del mercado, el capital y la fuerza de trabajo. Es un estudio en los procesos sindicales que marcaron a ese sector, que iban de la mano de unos procesos internos, de estructuración del tiempo, y de los saberes y jerarquización de los trabajadores-artesanos de la industria tabacalera. En esa densa descripción del proceso laboral y político Bird Carmona nos ofrece un relato casi etnográfico de la vida en Puerta de Tierra y la manera en la que trabajadores y trabajadoras ocuparon y nombraron el manglar. Por medio de fotografías, informes sanitarios de la época y otras fuentes, Bird Carmona describe cómo esos trabajadores desarrollaron sus “comunidades obreras al sur de la vía férrea”; comunidades caracterizadas por el hacinamiento y amontonamiento de casas que lanzaban sus desperdicios al lodo y al mangle, exponiéndoles a enfermedades (2008:137). Las autoridades sanitarias y urbanas se preocuparon por que estos barrios se consideraban focos de graves enfermedades como la peste bubónica y porque simple y llanamente, “el barrio apeataba y afeaba la entrada de la capital” (Bird Carmona, 2008: 142).

Al recorrer imaginariamente este espacio costero, Bird Carmona reconoce sobre el paisaje numerosas casas individuales construidas sobre pilotes, algunas de ellas objeto de la especulación de sus dueños y la explotación del inquilinato. Un mundo laberíntico y desordenado de palafitos y tablones para vadear la tierra anegada. Más al Sur, se encuentra uno con las casas rescatadas al manglar. Esta gente que le ganó terrenos al mangle “centímetro a centímetro”, nombró también el espacio costero-urbano donde le tocó vivir. Así, esa geografía del manglar, relatada y hasta imaginada por el historiador, presenta en la cartografía de la memoria los nombres de Hoyo Frío, Gandulito y la ominosa Sal si Puedes, justo dentro del mangle. La vivienda lumpen construida a base de retazos, de desperdicios y una variedad de materiales -latones, maderas, y cartones-, conforma una Venecia pobre, donde los residentes transitan por encima del agua, sobre el mangle pestilente por las descargas de las letrinas, caminando sobre tablones o dirigiéndose de un lugar a otro en “barcazas sobre las tierras inundadas y cenagosas” (2008:169). Para evocar a José Luis González, quien ha escrito el más conmovedor relato sobre el mangle y su gente, en la superficie de ese mangle y ese caño (el Caño San Antonio) hay negros. Son ellos quienes están en el escalafón más bajo de la jerarquía laboral de la fábrica y debieron ser numerosos en las tierras bajas de Puerta de Tierra (Bird Carmona, 2008:184). Al parecer, los orígenes de los pobladores de Puerta de Tierra fueron hombres negros y mujeres negras que construyeron allí sus bohíos, al margen de la muralla. Inclusive se pensó construir allí en el siglo XIX un caserío para mudar “a los negros pobres que no podían pagar las rentas de la ciudad murada” (Sepúlveda Rivera, 1989:224).

**Mapa 2**  
**Detalle del plano de la Plaza de Puerto Rico en 1898: zona de los manglares y el Caño San Antonio en Puerta de Tierra, San Juan.**



Fuente: Mapa SG-Ar.-T.4-C.2-63(1), en *Documentación de Puerto Rico en el Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército* (España: Ministerio de Defensa, Centro Geográfico del Ejército, 2007).

La mirada a los manglares de Puerta de Tierra desde la ciudad murada en el Puerto Rico de principios del siglo XX tiene que haber sido aterradora para las clases medias y acomodadas. Ibarra es un escritor ficticio que no para mientes en describir, entre el naturalismo y el melodrama, las vidas de esos infelices que viven en el paisaje enfermo del manglar. José Pérez Losada es el autor de la novela *El manglar*, que publicó el *Boletín Mercantil* en 1909. Esa obra es una reflexión sobre el medio natural como escenario de pobreza y de una patología que había que erradicar. El personaje principal, Ibarra, no hace sino describir la tristeza del manglar, de “ese mundo enfermo de casuchas fabricadas á retazos sobre la tierra encharcada por las aguas del suelo y las suciedades del hacinamiento humano” (Pérez Losada 1909:229). Hay muy poca diferencia entre la descripción literaria que hace el novelista y la que hace el historiador y autor de *Parejeros y desafiantes*. Pérez Losada, a través de los parlamentos de Ibarra va relatando los elementos constitutivos del “enfermo paisaje del manglar” (1909:225), uno cargado de contradicciones para el autor, quien por un lado lo clasifica como morbosos, enfermo, infecto y hediondo y, por otro lado, como una vegetación extraordinariamente hermosa, lujurante, de un verde intenso, llena de vida y hasta poética. Ibarra, al igual que Bird Carmona enumera las comunidades del manglar, desde Puerta de Tierra, hasta La Puntilla al Oeste: Polo Norte (desahuciados por la Marina estadounidense), el Laberinto, Venecia y Sal si Puedes. Es en esa última donde Ibarra ve la desolación y la pobreza más abyecta:

Ibarra refería sus observaciones, lo que veía en las casuchas de Puerta de Tierra, en aquellas viviendas miserables hundidas en el manglar, en la marisma palúdica que ponía en los rostros y en los vientres de aquellos seres lamentables una hinchazón de hidrópicos. La frugalidad de aquellos infelices llegaba á los límites del martirio, del tormento irresistible. –Ven por allí una tarde cualquiera –le decía– te enseñaré los vericuetos, los sitios inhabitables, los charcales infectos en que busca refugio, en vano, la miseria arrojada de San Juan... (Pérez Losada, 1909: 83-84).

Esa es una visión de la costa, que ha quedado impresa en nuestra memoria colectiva, es decir, en la manera en la que hemos recordado y construido el manglar en nuestra cultura. Sin embargo,

Pérez Losada es muy sutil en esta novela, que es realmente una crítica a la intervención política, económica y social de los Estados Unidos en Puerto Rico. El manglar, como paisaje, es el protagonista que da abrigo a los pobres, es decir, a los residuos humanos del sistema fabril. Es el último reducto, lo que queda después de la intervención. A pesar de todo, la esencia del manglar es vida y belleza, un refugio a pesar de la morbidez que le rodea.

### Memoria y literatura en Guánica <sup>5</sup>

El Bosque Seco de Guánica es un bosque costero en el sur de Puerto Rico cuyo límite sur bordea el Mar Caribe, salpicado de varias playas, entre ellas la del Tamarindo en el extremo este de la carretera 333. La historia, así como la geografía de los bosques, es una que está oculta en la memoria colectiva. La costa como cronotopo la encontramos en la memoria colectiva, que es una narrativa construida y elaborada por los miembros de un grupo social quienes comparten unos intereses, espacios físicos y pensamientos (Halbwachs, 1925, citado en Connerton, 1989:37). La memoria colectiva es una negociada, elegida y compartida, en ocasiones a retales, entre los miembros de un grupo; una memoria a la que se accede a través de rituales, prácticas (como por ejemplo, eventos del habla) y conmemoraciones. La memoria existe en relación con y en función de una materialidad que le da vida y es en ese vínculo entre lo mental y lo material que la memoria encuentra en el paisaje un medio vital para articularse. Para Jacques Le Goff, (1991: 179) la memoria está anclada en lugares simbólicos y topográficos, donde se convierte en un elemento importante de la identidad de la gente. Existe entonces, como también sugería Halbwachs, una topografía de la memoria, en la que se puede visualizar “el paisaje de la memoria” (citado en Hutton, 1993: 80). Ese es precisamente el argumento de Simon Schama en *Landscape and Memory* (1995): es en el paisaje donde está inscrita la memoria de los pueblos y es en esa relación entre los grupos sociales y el paisaje que se teje una historia recordada, seleccionada y compartida, por medio de la cual retoman, recuentan e imaginan el pasado, viven el presente y se proyectan hacia el futuro (Halbwachs, 1992: 51).

Para leer la historia del bosque de Guánica es necesario rescatar la memoria colectiva. Cuando leo las fuentes sobre la historia de Guánica es notable que el bosque como categoría espacial o productiva no aparezca. Es de esperarse que en los listados de los notables, así como en los relatos sobre los eventos significativos, no aparezca el

pastoreo, la extracción de maderas, la producción de carbón, las talas o la ocupación furtiva, junto al acto de fundar. Queda siempre nombrado, por el entramado de la cuadrícula forjada legalmente, el espacio urbano con sus calles, su cementerio y su arquitectura edilicia. Aparece la hacienda, la estancia y la central azucarera, la arquitectura de nuevo cuño, el *company town* de Ensenada (Pabón Charneco y Regis, 1996). Pero no así la tala, el árbol sembrado, la carbonera, los animales cimarrones, el pozo de agua, y las relaciones de hombres y mujeres dándose la mano para poder sobrevivir al margen de la hacienda o de la central. Este relato pertenece a otro género, a otras formas textuales y orales. Sobre esto el archivo es muy parco, los documentos no hablan mucho, pero sí la memoria, los mitos fundacionales, las historias narradas de generación en generación con el firme propósito de preservar fragmentos de esa historia que pocos se atreven a escribir. Por eso, para reconstruir la “historia” y la “geografía” del Bosque Seco de Guánica he de recurrir a las voces de quienes en él vivieron, y de aquellas fuentes del archivo que lejanamente se refieren al bosque como espacio social. Sin embargo, voy a “construir” su paisaje a partir de la literatura, pues no tengo otra opción, y ninguna otra es estéticamente aceptable, ni tan rigurosa en el método.

Por el camino de las Cobanas se encontraba antes de 1933 la pequeña comunidad de El Maniel. Una de las fuentes para esta reconstrucción es fundamentalmente literaria, una que establece su vínculo con la memoria colectiva de los guaniqueños. A Fundador Ortíz Matos lo solemos encontrar en San Jacinto, justo antes de la playa de Caña Gorda. Desde allí salen pequeñas embarcaciones que llevan a los vacacionistas al área de playa del Cayo Aurora, conocida por los visitantes como la Isla de Gilligan. En la entrada del negocio, Don Fundador ocupa una mesa desde la que vende sus numerosas publicaciones sobre las leyendas e historias de locales. Don Fundador recuerda y fabula al mismo tiempo sobre el pasado de esa topografía, cuyo paisaje reconstruye por medio de la ficción y de sus vínculos con una memoria basada en la tradición oral de quienes vivieron en ese bosque. Es literatura, pero don Fundador tiene también la pretensión legítima de los narradores de este continente, que su escrito sea otra cosa. Para ello se basa en las historias que han sido relatadas por testigos oculares de los eventos narrados:

Estos dos humildes [Juan Malta y Monceau Marie]  
han dejado una página escrita de la historia de  
Guánica. Dicha historia es desconocida para muchos

de sus habitantes y es por eso que he tratado de ponerla de manifiesto ante mis amigos y compueblanos aunque no soy historiador y ni escritor tal vez. Pues solamente estudié seis años en las escuelas de mi pueblo. Aquellos hombres dejaron las huellas en ese terreno bañadas con su sudor honrado. Fueron ellos quienes abrieron el camino a muchas generaciones que más tarde fueron a ocupar muchas cuerdas de terreno valdío que hasta esa época había en la orilla del Mar Caribe... Y aunque no conocí a ninguno personalmente conozco parte de la historia porque mi padre, quien vivió ciento diez años, Miguel Ortíz Tirado y uno de mis tíos Monserrate Ortíz Tirado quien tiene noventa y dos, y al momento de escribir esta, está aún vivo, me contaron más de el ochenta por ciento de la historia del terreno de las personas que en el vivieron (Ortíz, (s. a.): 12).

Don Fundador Ortíz reclama que la mayor parte de las historias contadas en toda su obra son esencialmente historias verdaderas que fueron contadas por su padre y su tío, quienes vivieron y empezaron a recopilar en el archivo de su memoria historias que eran contadas por el litoral desde las postrimerías del siglo XIX. El mismo don Fundador recuerda las historias que escuchó en el Maniel, los cuentos contados por los trabajadores de la finca El Tamarindo, las fábulas que recorrieron la geografía del quehacer y del trabajo asalariado bajo la presencia de la Guánica Central.

Don Fundador se ha enfrascado con la absoluta entereza y sinceridad de quien tiene la misión de narrar una historia que sabe, nadie más podrá contar. Él quien tiene la palabra y la memoria de este espacio, y desde su visión y memoria de cortador de caña, trabajador agrícola, recluta del Cuerpo de Conservación Civil (conocido como las CCC) en la década de los treinta campesino y lugareño, me permite conocer históricamente (y también fabular e imaginar) a ese lugar. Ortiz Matos es el autor de una novela sobre la comunidad que existía en el bosque, *El Maniel*, y una colección de relatos, *Leyendas guaniqueñas* (s.r.), en el que describe el paisaje del bosque y sus transformaciones en el tiempo. En este artículo me voy a referir exclusivamente al escrito sobre las leyendas, y a lo que ha escrito sobre la playa de Tamarindo, que es en sí un importante trabajo sobre el acto de nombrar.<sup>6</sup>

### **En el Tamarindo la rama dorada**

La carretera 333 es transitada en el verano por miles de visitantes que acuden a las hermosas playas de esa área. Rumbo al Este la carretera termina en el “estacionamiento” de la Playa Tamarindo. Como parte del área protegida del Bosque Seco de Guánica esta área no presenta los signos del usufructo agrícola. Los visitantes sospechan tal vez que esas hileras de cocos fueron sembradas; pero el resto de la topografía se presenta como un área sin penetración ni uso. Sin embargo, don Fundador la recuerda y fábula de manera diferente.

Justo en el año 1810 llegó a esa orilla, desde Yauco, Santiago Guimaldi “con tres esclavos... con el propósito de limpiar y explotar para la agricultura, un pedazo de terreno valdío (*sic*) que estaba cubierto de matorrales y cactus de diferentes especies”. Allí, “sin piedad alguna” con la naturaleza, procedieron a talar y desmontar quemando la vegetación. Con ramas de palma de coco de la ya establecida finca que ocupaba la propiedad conocida como Ballena construyeron sus chozas. La naturaleza, según Ortiz Matos, fue benigna con aquellos hombres que gozaron su usufructo cazando patos en el anegado, tórtolas en el bosque y pescando por toda la costa. Como todo relato sobre los montes, una de las historias que hay que contar es aquella en la que los habitantes de la zona extraen leña para cocinar y para hacer carbón. Hablar de la historia de bosques en Puerto Rico, es hablar de la historia de hacer carbón y las carboneras legales y furtivas. En ese tiempo Guimaldi comenzó a construir una carretera para poder llevar los productos de su hacienda al pueblo. Este relato tiene todos los trazos de ser un mito fundacional, grabado en la memoria de los guaniqueños. Guimaldi funda y ocupa este espacio que en la narrativa de don Fundador evoca a la Arcadia, una tierra de abundancia donde pastores y labradores encontraban al bosque benigno capaz de brindar frutos de manera inagotable. Funda Guimaldi hacienda y poblado, ya que permitió que las familias que venían de los barrios de Duey, Almácigo y Río Prieto de Yauco, cortaran las abundantes maderas del bosque para la construcción de barracas en donde alojarse.

El relato de Ortiz Matos no es preciso en los detalles de estos asentamientos —y no tiene que serlo por su naturaleza de leyenda— pero su narración sugiere que esas familias se ubicaron allí más como agregados que como propietarios. Esos bordes difusos con el monte del Estado también permitieron que allí se escondiesen esclavos huidos, por lo que el paisaje se transformó también en espacio cimarrón en donde los negros se encontraban “a salvo del chuzo de los guardias

[civiles] españoles”. Hay un drama escrito por don Fundador, *Geña la negra* (s. a.), donde trae los temas de los cimarrones en el bosque, de las persecuciones y la muerte de los perseguidos. En este drama aparecen todos los *bosqueros*, para usar el término que emplea Jacques Le Goff (1996), que viven al margen de las propiedades y del Estado: carboneros, negros cimarrones, pescadores, el Jacho (un espíritu del bosque), y hasta los perseguidores, es decir, la guardia civil.

Quien lea a don Fundador sin imaginación no podrá deleitarse con toda la fuerza mítica que acompaña cada párrafo. Emulando a Sir James G. Frazer en *The Golden Bough* (1922), Ortiz Matos construye esta historia fundacional en torno a la siembra de un árbol en una tierra que, separándose de otros terrenos de la zona, era más fértil que ninguno. En ese lugar Guimaldi sembró un árbol de tamarindo, uno de los pocos árboles a la orilla de la playa, el cual brindó frutos a los lugareños, y por este árbol, Guimaldi “bautizó a su finca con el nombre de El Tamarindo”. Esta síntesis no hace justicia a la poesía y a la mitología que se esconde detrás del relato, veamos:

La semilla germinó bendecida por la naturaleza y por Dios, que para mí son lo mismo. Tenía agua día y noche, y en pocos años subió a cinco pies de altura. Pronto floreció y por consiguiente, dió su primer fruto. Todos los obreros y muchos pescadores probaron su jugosa y pulposa fruta y disfrutaron de su magnífica sombra (Ortiz Matos, s. a. f:17).

Este acto de sembrar y de nombrar sirve para narrar los comienzos de la formación de un núcleo poblacional y económico de importancia. El texto de don Fundador narra como Guimaldi levantó su finca por medio de la diversificación económica. Como la tierra era fértil y la lluvia solía ser entonces más abundante en esta área, se sembraba maíz, calabazas, yuca, lechosas, gandules, batatas, algodón y tomates, entre otros. La crianza de animales también era parte de las actividades económicas de la finca, que tenía vacas lecheras, cabros, cerdos, ovejas, y bestias (burros o mulas).

El comercio con la finca se realizaba por mar, y quienes llegaban hasta allí se aprovechaban de la pesca del lugar y la captura de “tortugas gigantes”. Para aumentar el tráfico y el comercio construyeron, con la asistencia de los dueños de la finca La Ballena, un camino hasta lo que se conoce hoy día como el malecón del pueblo de Guánica. Desde allí, el camino subía el pequeño cerro dando “vueltas

de caracol” pasando por el área donde se construiría en 1885 el Fuerte Caprón, y bajando por donde se construyó en 1872 el faro, para bajar por la ruta hacia Caña Gorda y llegar finalmente a El Tamarindo. Esta obra es descrita como una épica heroica de estos trabajadores libres y esclavos, por abrir el camino al pueblo de Guánica, sin usar dinamita, solo con sus manos e implementos crudos como hachas, machetes, palas, azadones y picotas.

Guimaldi es descrito por Ortiz Matos como fundador de hacienda, pero el texto sugiere que probablemente se trató de una ocupación furtiva del bosque que pertenecía al Estado. Lo que se conoce con alguna certeza es que, en la *Memoria Forestal* de 1879 el ingeniero a cargo de la Inspección de Montes, don César de Guillerna, incluye una sección sobre los montes que fueron recuperados por el Estado, en su mayoría manglares, que se encontraban en las manos de particulares en 1879.<sup>7</sup> En esa relación aparece que la Inspección recuperó terrenos de monte bajo y medio en la costa, ocupados por varias personas, entre las que se encuentran un tal Gimaldi en Guánica. Los Grimaldi, posiblemente el verdadero apellido de esta familia, aparecen también como comerciantes que pasaron al sector de la producción agrícola, y que eventualmente dedicaron sus esfuerzos a la producción de caña de azúcar (González Mendoza, 1989:40).

Uno de los temas recurrentes en el texto de don Fundador Ortiz Matos lo es la ocupación del bosque por hombres “arrojados” que junto a la fuerza de trabajo esclava ocuparon los terrenos baldíos del monte. El Bosque Seco de Guánica fue tal vez uno de los bosques estatales menos atendidos durante el siglo XIX, por lo que, como en otros bosques, los lugareños se aprovecharon para iniciar la ocupación de unos terrenos que se consideraban baldíos, por no ser propiedad de particulares, y por estar “improductivos” en el momento de la ocupación. Las historias que relata don Fundador se remiten a ese proceso fundacional de establecer chozas, fincas, poblados, pero sobre todo, al acto de nombrar los espacios, en su trayectoria a la conformación de un lugar. Esta temática permea su narración de la finca de Joya Jonda. El relato fundacional relativo a la doma del bosque, *circa* 1840, lee como sigue:

Don Jorge Mondesén era natural del pueblo de Lajas, y en busca de fortuna monetaria, había ido a vivir al pueblo de Guánica ... al ver que allí no estaba su buen futuro, y al conocer que en el Bosque de Guánica había gran porción de terreno baldío y sin

dueño que lo cultivara, decidió echar un pie montaña adentro en busca de un predio de tierra propicio para la agricultura. El bosque de Guánica, claro, siempre ha tenido dueño, pero en ese tiempo bien pocos lo cultivaban. Solamente había unas finquitas alquiladas o tomadas a la cañona con tal propósito. Don Jorge salió una mañana bien temprano del pueblo y se internó en el intrincado bosque.

Esa mañana con la ayuda de su “brújula imaginaria”, lo cual implica una ausencia de mapas y de linderos, Mondesén se internó en el monte pero no sabía qué lugar escoger por la abundancia de terrenos fértiles para la agricultura. En su ruta llegó a la garganta de un cauce seco dentro del bosque y pensó que allí no lo encontrarían las fuerzas del Estado, especialmente en ese tiempo en el que “no había aún un guardabosques” que interviniera con él en su ocupación furtiva del bosque. Luego de descansar bajo un úcar, Mondesén se levantó y comenzó a tumbar y cortar árboles “sin compasión” para preparar una carbonera, hacer carbón y llevarlo al pueblo. La primera gesta de Mondesén, su primera historia productiva en el bosque, fue hacer carbón, que es la primera historia que nos narran los entrevistados que han vivido en los montes. Esta historia y leyenda de la ocupación se enlaza con los relatos contados por los antiguos poetas como Ovidio en su *Metamorfosis*. Mondesén en el acto de producir y ocupar destruía los árboles que al caer y resonar por el bosque le evocan a Eco y a la violencia de Pan al descuartizarla y regar su cuerpo “entre los matorrales” del bosque; historia que se narra con el fin de ofrecer una moraleja sobre la destrucción de la naturaleza. Según don Fundador, Mondesén conocía la historia de Eco (la versión griega), por ello le preocupaba cada vez que cortaba un árbol. Don Fundador metamorfosea la historia de la ninfa Eco, rechazada por Narciso, con una historia también transmutada en la violencia del acoso de Pan hacia las ninfas, historia que no se encuentra en la *Metamorfosis*. Pero don Fundador construye su obra más allá de Ovidio, y une esta historia con los relatos de la antigüedad griega.

Me parece curiosa la mención de Pan, quien es un ser cabrío. Frazer sugiere que esa visión del fauno se debe a la inclinación de los cabros a entrar en los bosques mordiendo todo cuanto esté a su alcance, incluyendo la corteza de los árboles, razón por la que sospecha que los espíritus de los bosques toman forma de cabros (Frazer, 1922). El pastoreo de animales domésticos, entre los que se encontraban los

cabros fue una de las principales actividades económicas en el bosque, según narrado por los entrevistados y según se desprende de los relatos de Ortiz Matos. Según el estudioso de nuestros bosques, Frank Wadsworth, “[m]anadas de cabros salvajes campeaban por el área [del bosque] previo a 1930” (1990:62). La sincronía del simbolismo usado por don Fundador en el relato que une junto al de Mondesén me parece sorprendente, más aún cuando su moraleja ambiental está claramente establecida.

Mondesén trajo esclavos de Yauco para explotar los recursos del bosque, hacer barracas y chozas, y hacer un pozo para proveer agua para la finca y los pobladores del área. La finca se llamó Joya Jonda, por las características del cauce seco que allí se encontraba. El pozo hincado se conoció como el Pozo del Burro, por un incidente con un borrico durante la construcción del pozo. Esta finca se desarrolló como una bastante productiva y el relato sugiere que alrededor de ella había bastante actividad por parte de otros moradores quienes también ocuparon terrenos del bosque de manera furtiva. Mondesén, al igual que Guimaldi, abrió camino hacia el pueblo, ampliando la vereda que hizo en su búsqueda del lugar ideal para su finca. Al escribir acerca de la ruta del camino, Ortiz Matos nos describe la geografía de la producción de estas pequeñas propiedades: la finca Ojo de Agua de Juan Nazario, y el lugar conocido como la Vega Bonita.

Ésta era posiblemente una geografía intervenida por un Estado que, a finales del siglo XIX, se preocupó por las concesiones, las usurpaciones y las ocupaciones de aquellas tierras que eran suyas, aunque la titularidad de las mismas fuese ambigua. El serio problema de la ocupación furtiva de los montes del Estado, las reclamaciones de los usufructuarios y los consiguientes deslindes, fueron las preocupaciones fundamentales de la Inspección de Montes en la Isla (Valdés Pizzini, 1998). Sobre este monte, don Cesar de Guillerna (1879) se expresaba que las actividades de la Inspección se habían concentrado en...

recuperar para el Estado una superficie de 944 hectáreas en dos trozos separados por varias concesiones de las anuladas y que forman hoy por tanto en unión de éstas un solo monte de más de 1,500 hectáreas de extensión del que se utilizaban varios particulares con sus ganados y con algunos pequeños cultivos que hacían en talas.<sup>8</sup>

El Bosque Seco era, en la apreciación de los ingenieros, un monte muy parecido al relato de don Fundador. Era entonces un bosque fragmentado por una serie de áreas utilizadas por particulares en talas, y en áreas para tener ganado diverso (caballar, lanar, vacuno y cabrío), lo cual coincide con los relatos recopilados en esa zona. La memoria, la tradición oral, la literatura y el documento oficial tienen zonas de coincidencia desde donde se puede construir un relato sobre la costa y su bosque seco. Es una historia, en el sentido más amplio, sobre el acto de fundar y nombrar que nos llega de la pluma de don Fundador, quien al igual que Frazer, nos ha brindado otra versión de *La rama dorada*.

### Última mirada a los cronotopos de la costa

Hay muy pocos esfuerzos por trabajar el paisaje costero desde una perspectiva crítica y amplia que integre diversas disciplinas y enfoques, como la antropología, la literatura, la geografía y la historia, para mencionar algunos. Requiere, como he advertido aquí, de una estrategia interdisciplinaria y trans-disciplinaria, que vaya más allá del dato concreto. Si me circunscribo a los documentos oficiales o al dato, producto de la observación etnográfica, no he de entender la costa en toda su riqueza. Es por eso que he recurrido, a modo de un experimento antropológico, al concepto literario de cronotopo. He procurado buscar la intersección de varios asuntos que me interesan: la memoria, la construcción y reconstrucción del pasado, y la representación del paisaje.

La costa, por ser un espacio al margen de la plantación cañera, por ser un espacio de pobres, de negros y de trásfugas, no ha merecido un mejor trato en la literatura de las ciencias humanas.<sup>9</sup> Sin embargo, es un espacio importante para entender la construcción histórica del país (v. González, 1980). Para descubrirlo hay que inscribirse en una estrategia de trabajo, parecida a la de los estudios culturales, donde miremos profundamente a los archivos, las fuentes orales, las imágenes, las cartas y los textos literarios, en la búsqueda de esas narraciones en las que se representa al paisaje y todo lo que ello significa. Tal vez se trata también de alentar a los estudios literarios a mirar sociológicamente e históricamente estos procesos en el *corpus* que le atañe. Habrá que ir también a la literatura “nacional” a escudriñar ese cronotopo y sus manifestaciones, pero me temo que por esas letras anda también escurridizo. Debe encontrarse en novelas extraviadas como *El manglar* de José Pérez Losada (1906) o en los escritos de narradores locales como don Fundador, a quienes he utilizado aquí para explorar

las posibilidades de comprender la costa. Tal vez de lo que se trata es de rescatar a ese cronotopo en las obras de Tomás Blanco, Carmelo Rodríguez Torres, Enrique Laguerre, Luis Palés Matos, María Teresa Babín, y sobre todo en el más costero de nuestros autores, Edgardo Rodríguez Juliá.

Los mapas, como todo texto, son un reflejo del poder y sus adláteres. Es por eso que la cartografía debe ser otra cosa, debe estar inscrita en y por los subalternos, a quienes los cartógrafos oficiales han erradicado de los mapas. Hay una geografía desconocida que hay que descubrir. ¿Quién lo iba a decir, que en pleno siglo XXI hubiese tierras ignotas? En la gente de Puerto Real, en los *surfers*, en los trabajadores fabriles de Puerta de Tierra y en la gente de Guánica hay una alteridad y contestación que hay que mirar con detenimiento. Esa gente ha fundado y ha nombrado lugares, algunos de los cuales están en el olvido o no están en los mapas ni en los relatos oficiales. A través de la etnografía, la historiografía y la literatura vamos “rescatando” esas historias. Me consta que hay lugares que sólo pueden conocerse a través de la literatura, y Guánica es un ejemplo de ello. No se me escapa la coincidencia del nombre Fundador, para quien rescata el acto de fundar (y nombrar) ese lugar de leyendas. El cronotopo y sus contingencias (la toponimia, el acto de fundar, el gentilicio) son partes vitales del drama humano de comenzar a vivir sobre un espacio transformado y alterado por nuestras acciones, es decir, de construir el paisaje. Por ahí empieza uno de los textos fundamentales de la literatura hispanoamericana, *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, ya que en el principio “El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”.

1. Agradezco a las y los evaluadores anónimos de este artículo sus valiosos comentarios, las sugerencias y las ideas para una futura exploración de los cronotopos de la costa. Los buenos amigos y colegas Lissette Rolón y Juan Flores leyeron y escucharon con mucho entusiasmo la primera versión de este trabajo y me animaron a publicarlo, gracias a ambos. Agradezco a Idelfonso Ruíz Valentín y Michelle Schärer la preparación del Mapa y al historiador de Puerto Rico, el Dr. Luis E. González Vales por agenciar el permiso de uso del Mapa 2.

2. La información utilizada en esta sección proviene de mi trabajo etnográfico en Puerto Real de Cabo Rojo y he dependido aquí de mis notas de campo.

3. Esta sección es producto del trabajo que realicé junto al equipo del CIEL con el plan de manejo de la Reserva Marina de Tres Palmas, en Rincón, que me llevó a hacer entrevistas y grupos focales con diversos grupos del municipio. No obstante, esta sección se nutre del trabajo de Carrero Morales *et al.* 2009.

4. Es un concepto polivalente, epíteto y gentilicio, denota animalidad y características detestables, al mismo tiempo que designa a los habitantes de la región cajun. Usado entre ellos está bien, mientras que usado por otros, es un insulto.

5. Esta sección se nutre de las investigaciones de mi equipo de trabajo sobre el Cuerpo Civil de Conservación, un programa del Nuevo Trato, de 1933 a 1942. En esa investigación recopilamos historias orales, fuentes documentales y literatura sobre el bosque.

6. Cuando escribí este artículo no había conseguido lo que pensé era, todavía, la novela “inérita” *El Maniel* de don Fundador Ortiz Matos. Un año después visité a don Fundador con dos colegas para entrevistarle y nos sorprendió con la publicación, en fotocopia, de la novela. La misma aguarda nuestra lectura y análisis, por lo que este artículo se circunscribe a sus otros escritos. El Maniel, como amablemente me ha indicado una o uno de los evaluadores del artículo, es el nombre que lleva un palenque o asentamiento cimarrón en la República Dominicana y que he constatado en varias referencias.

7. Documento provisto por Carlos Buitrago Ortiz.

8. *Ibid.*

9. Este trabajo no ha explorado el asunto del paisaje del litoral como uno entrelazado con la negritud, por ser uno de los espacios donde se articuló con mayor fuerza la esclavitud y en donde se forjó una buena parte de la cultura costera, asunto

que ha señalado Jose Luis González (1980) en su ensayo *El país de cuatro pisos*. No obstante, es un asunto que he dialogado y debatido con colegas en la bitácora digital *Antrópico* (<http://amp-pr.org/anropico>).

## REFERENCIAS

- Victor Rojas (*Salvador de Doscientas Vidas*). Barcelona: Ediciones Rumbos.
- Andreu Iglesias, C. (1956). *Los derrotados*. México: Los Presentes.
- Bird Carmona, A. (2008). *Pareros y desafiantes: la comunidad tabaquera de Puerta de Tierra a principios del siglo XX*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Brusi, R. (2008). Deluxe Squatters in Puerto Rico: The Case of La Parguera's Casetas. *Centro: Journal of the Center for Puerto Rican Studies* XX (2): 70-91.
- Cardona Bonet, W. A. (1985). *Islotes de Borinquen, Amoná, Abey, Piñas, Sikeo y otros: Notas para su historia*. Puerto Rico: Comité Historia de los Pueblos.
- Carrero-Morales, C. J., comp. (2009). *Para una sociología del surfing*. Mayagüez: Publicaciones del Programa de Colegio Sea Grant.
- Connerton, P. 1989. *How Societies Remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Figueroa, L. (1961). *Arenales*. Barcelona: Ediciones Rumbos.
- Frazer, Sir J. G. (1922). *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*. New York: The MacMillan Company.
- García Márquez, G. (1967). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Giusti Cordero, J. A. (1994). *Labor, Ecology and History in a Caribbean Sugar Plantation Region: Piñones (Loíza), Puerto Rico, 1770-1950*. Disertación doctoral. Binghamton: State University of New York.

- González, J. L. (1980). *El país de cuatro pisos y otros ensayos*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- González Echevarría, R. (1998). *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Durham: Duke University Press.
- González Mendoza, J. R. (1989). *The Parish of San Germán de Auxerre in Puerto Rico, 1795-1850: Patterns of Settlement and Development*. Disertación doctoral. N.Y.: State University of New York, Stony Brook.
- Griffith, D., M. Valdés Pizzini y C. García Quijano. (2007). *Entangled Communities: Socioeconomic Profiles of Fishers, their Communities and their Responses to Marine Protective Measures in Puerto Rico*. [S.l.]: National Oceanic and Atmospheric Administration Technical Memorandum, NMFS-SEFSC-556. 3v.
- Guillerna, C. de. (1879). *Memoria Forestal*. [S.l.]: Archivo Histórico Nacional de Madrid. Inspección de Montes de Puerto Rico. Memoria general del Servicio redactada por el Ingeniero primero Inspector del ramo, Don César de Guillerna. Octubre 29 de 1879.
- Halbwachs, M. (1992). *On Collective Memory*. L. A. Coser. Chicago: University of Chicago Press.
- Harvey, D. (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Hutton, P. H. (1993). *History as an Art of Memory*. Hanover and London: University Press of New England.
- Jarvis, N. (1932). *The Fisheries of Porto Rico*. [S.l.]: U.S. Department of Commerce, Bureau of Fisheries Investigations, Report 13 (41).
- Le Goff, J. (1991). *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- \_\_\_\_\_. (1996). *El orden de la memoria: El tiempo como imaginario*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Maderuelo, J. (2005). *El paisaje: Génesis de un concepto*. Madrid: Abada Editores.
- Marqués, R. (1959). *La víspera del hombre*. Puerto Rico: Club del Libro.

- Ortíz Matos, Fundador. (S. a.). *Drama: Geña La Negra*. Ponce: Estudio Gráfico.
- \_\_\_\_\_. (S. a.). *Leyendas guanieñas*. Ponce: Estudio Gráfico.
- Ovidio. (1995). *Metamorfosis*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pabón Charneco, A. y E. A. Regis, (1996). *Guánica: el origen de su memoria*. San Juan: Oficina de Preservación Histórica de Puerto Rico.
- Pérez Losada, J. (1909). *El manglar*. San Juan, Boletín Mercantil.
- Price, R. (1983). *First -Time: The Historical Vision of an Afro-American People*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- \_\_\_\_\_. (2005). *El presidiario y el coronel*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Rodríguez Escudero, N. A. (1962). *Litoral y otros cuentos*. [S.l.]: Estado Libre Asociado de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública, División Editorial.
- Rodríguez Juliá, E. (1989). *El cruce a nado de la Bahía de Guánica (cinco crónicas playeras y un ensayo)*. Río Piedras: Editorial Cultural.
- Schama, S. (1996). *Landscape and Memory*. New York: Vintage Books.
- Sepúlveda Rivera, A. (1989). *San Juan: historia ilustrada de su desarrollo urbano, 1508-1898*. San Juan: Centro de Investigaciones CARIMAR.
- Sloterdijk, P. (2007). *En el mundo interior del capital: Para una teoría filosófica de la globalización*. Barcelona: Ediciones Siruela.
- Thompson, E.P. (1979). *Tradición, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Valdés Pizzini, M. (1998). *Desmontando discursos: el nuevo orden forestal en el imaginario colonial, 1898-1925*. En *Los arcos de la memoria, el 98 de los pueblos puertorriqueños*, eds. S. Álvarez

Curbelo, M. F. Gallart y C. I. Raffuci. San Juan: Oficina del Presidente de la Universidad de Puerto Rico, Comité del Centenario de 1898, Asociación Puertorriqueña de Historiadores y *Postdata*.

\_\_\_\_\_. (2005). Historical Contentions and Future Trends in the Coastal Zones: The Environmental Movement in Puerto Rico. En *Beyond Sun and Sand: Caribbean Environmentalisms*, eds. S. L. Bayer y B. Deutsch Lyndh. New Brunswick: Rutgers University Press.

Vaquero de Ramírez, M. T. (1986). *Léxico mariner de Puerto Rico y otros estudios*. Madrid: Editorial Playor.

Wadsworth, F. (1990). Plantaciones forestales en el bosque estatal de Guánica. *Acta Científica* 4(1-3): [s.p.].

Wigen, K. (2007). Introduction. *Seascapes: Maritime Histories, Littoral Cultures and Transoceanic Exchanges*, eds. J. Bentley, R. Bridenthal y K. Wigen. Honolulu: University of Hawai'i Press.

Zubiaurre, M. T. (2000). *El espacio de la novela realista: paisajes, miniaturas, perspectivas*. México: Fondo de Cultura Económica.